

## VIOLENCIA

Clarín, Viernes 26 Oct./70

SIN DUDA ALCUNA, la violencia no es mala si se usa contra una tiranía, contra un grupo de verdugos, contra una mafia. "El combate es el padre de todas las cosas", dijo Heráclito, pero Heráclito no se refería, seguramente, al combate civil, se refería al combate en sentido más bien espiritual, intelectual, díganos para dejar de lado el espiritual, que se presta a confusiones; podía también referirse a lo material, a la evolución. Tampoco se refería al combate militar, pues el combate militar no produce nada que valga la pena; es decir, el combate guerrero.

Hay mucha gente que cree que Chile no es violento, que los chilenos no lo son, peor aún, que no lo quieren ser. Son violentos, en Chile, los criminales, los que matan, pero matan por muchas causas, por ebriedad, por ira, por celos, por estupidez, por robar cuatro pesos o unos pantalones, pero no se trata de eso. Quisiéramos hablar de la violencia política. González Vera, el querido y desaparecido amigo, decía que los chilenos no harán nunca una revolución en verano: hace mucho calor; y que si la empiezan en invierno, pelearán sólo en la mañana; al mediodía, es decir, a las trece horas, se irán a almorzar a sus casas: la señora se puede enojarse.

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Esto puede producir risa, pero es la verdad: desde 1837, año en que mataron a Portales, no había ocurrido en Chile ningún atentado semejante al que se registró en la persona del general René Schneider, el jueves recién pasado, y que le costó la vida.

Y lo curioso es que el golpe, el atentado, haya venido, según se asegura, de la derecha, de la ultraderecha, más violenta en Chile, por lo visto, que la ultraizquierda, porque es la ultraizquierda la que, en general, está en estos tiempos y en otros países usando la violencia como arma política. Tal vez no tenga otra, cada uno pelea con lo que puede.

Mucha gente se pregunta, cubanos y chilenos, especialmente, por qué en Chile no se puede o no se podría hacer una revolución semejante a la de Fidel y el Che. ¿Es que los chilenos son cobardes? ¿Es que no les interesa? A mi juicio, las revoluciones de ese tipo, es decir, políticas y con esencias o tendencias sociales, son compulsivas: los hombres son obligados a ella, no les queda otra salida, el gobierno y sus defensores, es decir, la policía, el ejército, tienen una calidad tal que no queda más remedio que matarlos a tiros o morir. Vamos a ello, se dicen.

Chile no tiene ni ha tenido nada de eso. Quizá si la policía civil es la peor que se ha portado en Chile, flagelando o arrimando a las personas corrientes eléctricas, pero, aún tomando en

cuenta que eso es atroz e inhumano, no se puede comparar con lo que han tenido en otros países, en Cuba, por ejemplo. En Cuba existió un jefe de policía civil llamado "El Tigre", hombre que por desgracia pudo huir cuando los revolucionarios tomaron el poder: tenía un complejo homosexual-sádico-masoquista, que lo llevaba a masticar los testículos, de los hombres que sus subordinados le traían. ¿Ha existido jamás en Chile un tira igual a ese? No lo haría ni aún pagándole diez dólares por cada presa. ]

En un libro que el crítico literario Salvador Bueno escribió sobre los hombres notables del siglo XIX cubano, se puede ver cómo la mayoría de los hombres que aparecen ahí, todos eminentes, en la ciencia, en la política y en la literatura, tomaron parte en por lo menos quince revoluciones y guerras civiles, la mayoría perdidas por ellos. O sea, Cuba tuvo, durante el pasado siglo, una cantidad impresionante de movimientos políticos de extrema violencia. Más que eso: durante los siglos XVI, XVII y XVIII fue asaltada continuamente por filibusterios ingleses, holandeses y franceses. Carlos Manuel de Céspedes, el autor de el "Grito de Yara", dirigió una guerra de independencia que duró diez años; el Grito de Paire, por otro lado, levantó otra guerra de independencia que duró tres años. Fuera de eso hay muchas más y si se considera todo eso, resulta natural que el cambio de régimen de gobierno y económico realizado en la República Española, se hiciera a punta de balas y machete.

Ahora, alguien, Salgado, Manuel Rojas, la ultraderecha, según se dice, ha hecho un juego, ha iniciado un juego por medio de un gambito no usual en Chile (el gambito, en ajedrez, es una trampa), un gambito que ya ha costado la vida de un hombre y militar de alto rango. ¿Se le seguirá el juego? Porque la violencia es contagiosa y sólo hombres con la cabeza fría y pies bien plantados en el suelo pueden rechazar su invitación, que huele a sangre y a pólvora vertida y encendida en un acto cobarde, en este caso.

Hay que tener cuidado, todos tienen que tener cuidado: aún los más tranquilos pueden, de pronto enfurecer.